

# LA PIEZA DEL MES

Marzo-Abril 2012

## Mosaico de Océano y las Nereidas

La villa romana de Dueñas o *Villa Possidica* está situada en las inmediaciones del monasterio de La Trapa, próxima a las vías del ferrocarril de la línea Madrid- Irún. Se trata de uno de los yacimientos tardorromanos más destacados de la meseta norte debido, por una parte, a la naturaleza de los restos conservados *in situ*, y, por otra, a la calidad de sus mosaicos, uno de los cuales con el tema de Océano y las Nereidas llama la atención durante la siempre placentera visita del Museo de Palencia.

El yacimiento de la “Fuente *Possidica*” fue excavado a comienzos de la década de los sesenta del pasado siglo bajo la dirección del catedrático de Arqueología, Epigrafía y Numismática de la Universidad de Valladolid, Pedro de Palol. Las campañas arqueológicas permitieron reconocer un conjunto de estancias definidas por muros en un estado de conservación sorprendente –en ocasiones llegan a alcanzar 1,80 m alt.– para esta clase de ruinas, por lo común gravemente saqueadas. Correspondían a un área termal, del tipo definido “lineal angular”, donde habría que destacar un espacio principal con suelo de mosaico, considerado entonces como aula templada o *tepidarium* pero que actualmente se interpreta como habitación de baño frío o *frigidarium*, al que se hallaba adosada una piscina con acceso mediante escaleras. Se identificaron asimismo los *caldaria*, las letrinas –con su pozo negro correspondiente– y un horno con triple arcada. La *pars urbana*, o vivienda propiamente dicha, aunque reconocida en las mismas tierras de la finca está pendiente de excavación.

En 1991 se retomaron las excavaciones, llevadas a cabo para la ocasión por el equipo de arqueólogos-mosaistas de La Olmeda, cuya dirección estuvo a cargo de J. A. Abásolo y J. Cortes. Nuevas estrategias, el levantamiento de los mosaicos y la ampliación de algunas zonas permitieron establecer una nueva secuencia para la historia del yacimiento, llegándose a registrar un total de cuatro periodos principales en el devenir de la *villa*: desde una primera fase constituida por la mayor parte de aquellos muros identificados por aparejo de mampuesto, de buena factura, y determinados pavimentos de *signinum*, hasta una etapa de ocupación final, previa a su destrucción, en la que se modificó la organización de las habitaciones y se atendió a la reparación, mediante “parches”, los pavimentos más deteriorados. Entre medias, el período de esplendor de la villa; a él correspondería el mosaico del *frigidarium* con el tema de Océano y las Nereidas.

Dicho mosaico pertenecía a la habitación preferente del recinto termal, donde ocupaba uno de sus extremos, en el umbral de acceso a otro espacio bien definido. No era el único figurado, ya que existía un cuadro central de 1,80 m de lado con una escena de la que solamente se conservaba la cabeza de un caballo bridado –sujeto por una mano anónima– acompañado de la leyenda AMORIS; esta escena se hallaba rodeada por una cenefa con tema de zarcillos que contenían cabezas de animales (león, toro, tigre y antílope, entre otros). Ocupando la mayor parte de esta habitación, una alfombra de temas geométricos en esquema de evástica con cuadrados de peltas y nudos de Salomón.

Volviendo al tema que nos ocupa, a modo de gran cuadro (4 x 1,60 m) observamos un mascarón o descomunal cabeza del dios Océano, ligeramente vuelto a nuestra derecha, el cual “centra” una composición de ambiente marino en la que se ha pretendido representar una procesión –o reducido cortejo (*thiasos*)– formada por dos nereidas montadas sobre animales híbridos.

Océano tiene en el cabello pinzas de cangrejo y antenas de crustáceo. Entre la diversa fauna marina que lo acompaña cabe mencionar, por encima y a los lados, delfines; debajo –también de modo destacado– se reconocen dos posibles tordos. Las nereidas son figuras extraordinarias. La de la izquierda dirige su mirada a Océano y parece estar posando ante nosotros: desnuda salvo las piernas cubiertas por un manto de corte venusiano, se halla sentada sobre la cola pisciforme de un toro cuya cabeza es de una factura, asimismo, excelente; lleva un cesto de frutos mientras sujeta con la izquierda un manto que se despliega al aire como la vela de un barco; exhibe doble collar de oro y pedrería. Su actitud es común a la de otros mosaicos afines y, además, bien pudiera asemejarse a pinturas y mosaicos relacionados con otros mitos, como el rapto de Europa. La otra nereida cabalga sobre una pantera marina y aparece desnuda como la anterior, de modo sugerente esta vez al mostrarse de espaldas, una y otra *naticulosae*. El repetido cesto de frutos, que indica abundancia y prosperidad, se apoya también en el muslo derecho. Tiene una *phiale* por encima de la cabeza de la pantera con la que parece dar de comer a un delfín. Hay una cuidada integración entre el contorno de la mujer y el cuerpo del felino, amoldándose uno y otro de manera sinusoide. Como se ha dicho en diversas ocasiones, la cabeza debería haber estado en el mismo sentido que el animal pero fue “descoyuntada” para dirigir el rostro en dirección a Océano, en aras a una mayor simetría y a no desviar la atención del mascarón principal. Las teselas presentan una variada gama de colores, enriquecida por la presencia de material de pasta vítrea. Hay restauraciones de época, como se comprueba en el entorno de la feroz pantera de fauces abiertas.

El cartón o modelo al que nos remite la composición es de origen norteafricano, región en la que se halla la mayor parte de ejemplos. Existen no pocas representaciones de Océano y Nereidas en *Hispania*, algunas parecidas en cuanto a composición, que no factura, como ocurre en mosaicos de las provincias de Lugo, Toledo o Córdoba y, acaso, en la desaparecida figura de Quintanilla de la Cueva. Detrás de todo ello se advierte el destacado papel que tuvieron las divinidades acuáticas en la cultura de entonces, presentes en monumentos de diversa naturaleza, caso de esculturas relieves e inscripciones, tanto votivos como funerarios, dedicados a Neptuno, a destacados ríos (Tíber, Rin, Nilo, Éufrates, Acheloo...), a las aguas termales o a las propias Ninfas, como recuerdan las aras halladas en las excavaciones del casco histórico de Palencia.

Mayor complejidad hallamos a la hora de descifrar el sentido que pueda darse a su colocación en un espacio como es el dedicado al ritual de los baños domésticos. No acaba de convencernos el sentido profiláctico –o protector– contra el “mal de ojo” que, a partir de una inscripción métrica en mosaico procedente de Setif (ant. *Stifis*, Argelia), acompaña, a modo de pie de texto, a una máscara semejante a la nuestra; tampoco, aunque haya convergencia de indicios, otra, más famosa, de las termas de *Thysdrus* (Túnez) donde se advierte de que ni siquiera la lechuzca, animal protector por antonomasia, sería capaz de hacer frente a la agresiva maldad humana. Puestos a buscar protección ¿por qué no la Medusa que era de sobra conocida en las viviendas palentinas, tal y como consta en un mosaico expuesto en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid?

José Antonio Abásolo